



"Bodegón", cuadro de López Torres.
(Rep. Muñoz).

cia—de esta proyección central de su personalidad es la elusión de la figura humana como «motivo» o «asunto», por cuanto en ella hay menos de Naturaleza que de espíritu. Lo humano le interesa más bien como elemento armonizador del paisaje y prefiere la representación de niños, por ser, dentro de lo humano, lo que más cerca está de la pura Naturaleza.

El lector echará de menos en estas líneas esas clasificaciones poco menos que entomológicas que los críticos de arte—yo no lo soy, me apresuro a confesarlo—suelen hacer de los artistas, cuando de ellos se ocupan: su encasillamiento dentro de alguna «escuela», «tendencia» o «corriente». Entiendo que esta propensión de naturalista más entorpece que aclara la comprensión de las formas individuales de arte. Por dos razones: primero, porque los propios críticos del arte, distan mucho de estar en claro y acordes sobre la significación precisa de estas clasificaciones (para ser leales con el lector deberían acompañar sus textos de una hermenéutica apropiada); y, en segundo lugar, porque, aunque se hubiese logrado establecer con la exactitud deseable un cuadro general de categorías estéticas y una tabla histórica objetiva de los estilos, la inclusión de un artista en estas formas genéricas y abstractas no nos dirá nada de su peculiar, individualísima y concreta consistencia. Entre los artistas, en efecto, como Santo Tomás decía de las naturalezas angélicas, no hay especies o individuos, o mejor cada individuo, a su vez, especie. Quiero decir que cada artista verdadero representa en el Universo un órgano de selección de calidades estéticas irreductible a cualquier otro, y precisamente lo más valioso y genuino de toda obra de arte es eso que tiene de irreductible, del personal, de insumiso a toda formalidad genérica, de diferencial. Por fortuna para él, López Torres no se deja sugestionar por ningún «ismo»—ni está dentro ninguno—; aspira únicamente a la plenitud expansiva de su personalidad, y esta nota radical de su carácter (sin la cual no hay buen artista), es lo que designaba yo como «voluntad de estilo», honradez bronca autenticidad.

Al llevarme a Tomelloso los avatares de mi existencia, he podido asistir a esta lucha permanente, obstinada; del artista consigo mismo, con su propia manera; lucha solitaria, sin otro estímulo que el de la conquista de nuevas metas en la depuración y personalización de su estilo. Metas sucesivas que va logrando en función de las tres dimensiones siguientes: primera, el sentimiento del color; segunda, la simplificación y superación de la técnica, y, tercera, la profundización del concepto estético.

El sentimiento del color es algo que alcanza en López Torres proporciones de obsesión. Cuando en los más amplios sectores de la pintura contemporánea se propende otra vez al cultivo preferente de la forma, he aquí un artista que se sale de la corriente y se consagra